

esperar seis meses para obtener la ambiciosa fortuna, su recomendación de que tuviese confianza en él, dijeran lo que dijeran, y, por último, su precipitada partida, de que ella no tuvo noticia hasta que el doctor estaba lejos de París.

Entonces se felicitó por haber aceptado la cita del barón, y cuando de allí á poco, la dueña la llamó con voz imperiosa, dirigióse á la habitación de ésta, diciendo:

—Esta noche lo sobré todo.

XVII

La revelación de D'Aubagny sorprendió á la joven en la plenitud de sus esperanzas.

La carta que leía, recibida aquella misma mañana, venía llena de protestas de amor y fidelidad.

Elena no sentía cariño hacia el doctor; pero era mujer y se había acostumbrado á aquellas relaciones amistosas al cabo de dos años, reconocida al afecto apasionado que él demostraba y á la parte que le reservaba en sus proyectos para el porvenir.

Agradecióle sobre todo sus instancias para unir su destino al de él, ofreciéndole su nombre, que era la mayor prueba de cariño que podía darse á una mujer de su condición.

Él, en una palabra, era la única distracción de su vida, y se le aparecía como un refugio

en caso de peligro, como un apoyo en caso de necesidad.

Aunque rehusando su mano á causa de sus defectos, ella estaba indecisa, movida por los ruegos y los juramentos del doctor.

Por otra parte, estaba ligada á éste, por haberle ayudado á soportar las tristezas enervantes que asaltan y desmoralizan á estas desgraciadas sin familia y sin apoyo, obligadas á comer el amargo pan del abandono.

Aun conceptuándole caprichoso, violento y ambicioso, le profesaba en el fondo de su corazón verdadera gratitud y amistad sincera.

Y de pronto, aquella noticia imprevista caía á sus pies como un rayo: «Se ha casado,» ¿Era aquel el medio adoptado para hacerse rico?

En esta tenebrosa intriga veía mil motivos para despreciar al hombre á quien hubiera querido estimar, y consideraba aquel paso como una criminal traición, no contra ella, sino contra la mujer que tomaba en el mismo momento en que hacía fervientes protestas de su amor por otra.

Le asaltó un deseo desenfrenado de conocer el fondo de la aventura; así es que el día le pareció interminable.

A las ocho salió y se dirigió á su casa.

Allí la esperaba otra carta.

Como de costumbre, en ella le enviaba el doctor el recuerdo cotidiano.

La carta no contenía más que estas palabras:

«Pienso en tí noche y día, y espero.»

CLAUDIO FABREGUES.»

Dejó esta carta sobre la mesa y se puso á vestir tranquilamente, embelleciéndose cuanto pudo.

En el momento de salir examinó con una mirada su pequeña habitación, donde en realidad se estaba muy bien. Solo Fabregues había tenido el privilegio de interesarla y ocupar sus ocios en aquella morada, aún virginal.

Quería dudar de su culpabilidad hasta el último momento.

Una voz secreta le impulsaba á defenderle.

En el acento del barón, por mesurado que fuese, en el modo de pronunciar el nombre de su rival, advertía una desdeñosa aversión. Iba á escucharle, pero con prevención, esperando pruebas irrecusables para condenar.

A las nueve menos minutos se dirigió por el boulevard á la calle Royale.

Allí distinguió el coche del barón, que la esperaba en el lugar convenido.

Subió á él sin hacerse rogar, y el cochero, que tenía sus instrucciones, guió los caballos con dirección á los Campos Elíseos.

Ofrecían éstos una mezcla discordante de conciertos al aire libre; de orquestas inarmónicas que de vez en cuando eran dominadas por el grito sobre agudo de una tiple de verano.

El gas brillaba formando cordones sobre los

árboles y revistiendo el follaje de un tinte fantástico.

Multitud de coches llenaban la avenida, dirigiéndose al Bosque en busca del fresco.

El barón callaba, contentándose con admirar en la semioscuridad del encantador rostro de su compañera.

Cuanto más la examinaba, mayores atractivos descubría en ella.

—Vamos—dijo ella rompiendo el silencio,— ¿no me decís nada?

—Os admiro.

—No he venido para eso...

—Es verdad.

—Sino para saber. Decídmelo todo.

—Convenid en que la curiosidad os aguijonea.

—Sin duda alguna.

—¿Entonces le amáis?

—¿Tenemos acaso nosotras tiempo para amar? Se ama cuando se tiene un marido, una familia, hijos. Nosotras podemos tener amistad, afecto tal vez, gratitud para el amigo que nos distrae, impidiéndonos morir de tedio. Eso es todo... Hablo por mí... No sé lo que las demás piensan. Es preciso—añadió con despecho—no tener nada que hacer, como vos; no conocernos, para creer que al cabo de un día de trabajo abrumador, una joven tiene fuerzas para resistir la poesía del amor. Lo que deseamos es un hogar que nos compense esta servidumbre y un afecto leal. No os lo oculto. He acariciado

en algún tiempo una ilusión. Fabregues juraba que me amaba, que no amaría á ninguna otra, y que se casaría conmigo. ¿Qué queréis? Se siente la necesidad de acogerse á algo, y yo me había acogido á esa quimera.

—¿Que se ha desvanecido, verdad?

—Sí.

—Tanto mejor.

—¿De modo que se ha casado?

—Hace un mes.

—¿Con quién?

—Con una parienta mia.

—¿Cómo se llama?

—Matilde Borel.

—¿Es rica?

—Mucho.

—¿Cuanta renta tiene?

—Unos cien mil francos.

—¿Es joven?

—Veinte años?

—¿Es hermosa?

—Menos que vos; pero es hermosa.

Elena no hizo ninguna observación:

En su rostro no se observó señal alguna de cólera.

Guardó silencio mientras el coche bajaba la avenida del Bosque. Cuando traspasaron la barrera se decidió á hablar.

—¿A dónde me llevais?—preguntó.

El barón le señaló con el dedo un recinto hacia la derecha.

—Allí—dijo,—á menos que no temais la luz.

—¿Quién puede ocuparse de mí?

—El caballo dió la vuelta al kiosko donde los tzinganos tocaban con sus violines un vals endiablado y se detuvo ante el café donde varios grupos refrescaban en pequeñas mesas, entre los cuales produjo cierta sensación la llegada del coche y de la joven.

D'Aubagny se sentó en un rincón con Elena.

—¿Qué quereis tomar?

—Lo que gustais. Un helado.

—Bueno.

La orquesta terminó su vals. Un tzingano vestido con una túnica verde pasó por delante de ellos haciendo la colecta.

Elena se aproximó al barón y le dijo:

—Explicadme cómo una joven rica, hermosa, joven y pariente vuestra ha podido casarse con un médico pobre, casi sin clientela y que no la ama.

—Decís que...

—Digo que no la ama—repitió con tono tranquilo Elena.

D'Aubagny la observó antes de contestar.

Pasado el primer momento de sorpresa, Elena había recobrado su calma.

—¿Por qué decís que no la ama?

—Porque ama á otra.

—¿A vos?

—A mí.

—¿Os lo ha dicho?

—Mil veces.

—¿Y también recientemente?

—Hoy mismo.

—Os puede engañar.

Ella estaba bien segura de lo contrario, y se sonrió.

Movió la cabeza, y sacando de su bolsillo la carta del doctor, la alargó al barón, diciendo:

—¿Sabéis leer?

D'Aubagny leyó:

»Pienso en tí noche y día y espero.

»CLAUDIO FABREGUES.»

—Este hombre es verdaderamente un miserable—dijo el barón colérico.

—¿Por qué?

—Me habéis preguntado por qué una joven bien educada, rica y hermosa, había podido casarse con un hombre como él; pues bien, es muy sencillo: porque él ha sabido inspirarle confianza, persuadirla de que la adora; porque habiendo entrado en relaciones con ella como médico, no ha vacilado en abusar de la influencia que esto le daba sobre un ser débil, haciéndole creer que su salvación estaba en sus manos; porque la pobre joven, condenada á muerte por una enfermedad hereditaria, pero rodeada del cariño y de los cuidados de la familia, no había encontrado un hombre bastante etrevido para dirigirla frases de amor, cuando se sabía que el amor era para ella un veneno destinado á abreviar los pocos días que le quedaban de vida; en una palabra, porque Fabre-

gues, decidido á conquistar esa fortuna, ha sido más audaz y menos delicado que los otros, y ha pensado que podía ser rico á cambio del sufrimiento de un mes de esa pobre enferma.

El barón no había hablado nunca tanto tiempo seguido sobre una cosa. Aquella larga tirada salía del límite ordinario de su elocuencia y de sus indignaciones.

Pero aquel era un caso excepcional.

—¿Comprendéis?—preguntó á su compañera.

—Muy bien.

Efectivamente; para ella estaba muy clara la conducta del doctor.

Al primer golpe de vista comprendió los detalles de aquella intriga, en la que ella tenía un papel tan principal.

Entrevió el término de la vida de aquella joven, que el barón consideraba condenada.

Aquel término era de seis meses. Era el plazo pedido por el doctor, plazo que expiraba el 20 de octubre.

Por una extraña asociación de ideas, Elena pensaba que la enferma debía expirar á la vez que aquel plazo.

Al verla D'Aubagny absorbida en sus reflexiones, le preguntó:

—¿En qué pensáis?

Ella respondió sin contestar á la pregunta.

—Veamos. ¿Creeis de buena fe que esa joven?... ¿Cómo se llama?

—Matilde Borel?

—¿La conocéis bien?
 —Muy bien.
 —¿Hace mucho?
 —Desde su niñez.
 —¿Creeis realmente esté tan próximo su fin?
 —Yo no soy médico.
 —Pero tendréis vuestra opinión: decidla.
 —Creo que con cuidados su vida se podía prolongar. El mismo doctor Fabregues aseguraba que Mont Doré la aliviaría mucho.
 —¡Ah! ¿el doctor Fabregues pretendía?...
 —Sí, salvar á esa pobre Matilde.

D'Aubagny observó un pliegue de ironía en los labios de Elena, que parecía decir:

—«No creo que fuese esa su intención.»

A todas las preguntas del barón contestaba con el silencio.

Era tan grave lo que sospechaba, que no se atrevía á confiarlo á nadie.

La carta que estaba leyendo aquella misma mañana en casa de la señora Delivet, era comprometedorá en alto grado.

En ella explicaba el doctor Fabregues sus criminales esperanzas.

«Llego ya al fin—decía.—Dentro de unos meses, quizá dentro de algunas semanas, estaré en posesión de la riqueza que deseo. El éxito supera á mis ambiciones. Nada me habría detenido para complacerte y para unirme á mí con cadenas de oro.

»Algunos días de paciencia, mi querida Elena, y llegaremos á puerto.

»Solo que estos días me parecerán muy largos y más dura la ausencia en ellos.

»¿Por qué no podré abreviarlos?»
 ¿No era esto de una claridad deslumbradora? Avanzaba la noche. En el café seguía la misma animación.

Elena y el barón escucharon un instante la música de los tzínganos, y después la joven manifestó deseo de retirarse.

D'Aubagny pidió el coche.

Al llegar al Arco de la Estrella, D'Aubagny rompió el silencio.

—Sentiría—dijo—que os hubiera apenado lo que os he dicho.

—¿No lo habría sabido más tarde ó más pronto?

—¿Mr. Fabregues os lo ocultaba?

—¡Oh! En eso hacía bien.

—Quiere ser rico.

—La fortuna es muy cara á ese precio.

—¿Es esa vuestra opinión?

—Y la vuestra también, á lo que pienso.

—Sin duda... pero yo no he sido nunca puesto á prueba.

Elena respondía con cierta indiferencia, inquieta, descontenta, como si estuviese desligada de todo compromiso con Fabregues; pero á pesar de todo temblando por él, no sabiendo hasta que grado de infamia sería capaz de descender para conseguir su objeto.

Hubiera querido verle, interrogarle, aparecer ante él de pronto diciéndole:

—Lo se todo. Os engañáis creyendo que consenta en participar de una riqueza adquirida tan vergonzosamente. Es inútil que os deshonreis.

Bullian en su cabeza multitud de ideas encontradas, dominadas por la de esperar el término del plazo que había otorgado, y apartarse de aquellas intrigas y aquellos cálculos bajos y viles que reprobaba.

Cuando el coche llegó á la Concordia, D'Aubagny dijo á Elena:

—¿Tendréis vacaciones este año?

La joven tembló.

—¿Por qué lo preguntáis?

—¿Cuántos días?

—Quince, tres semanas tal vez.

—Si me atreviese... insinuó el barón.

—No es la timidez lo que de ordinario os embaraza, dijo ella riendo nerviosamente:

Atreveos.

—Os propondría acompañaros.

—¿Vos?

—¿Por qué no?

—¿Y adónde?

—Adonde queráis.

—No. Imposible. Sería peligroso. Gracias.

—Entonces, decidme únicamente adonde iréis.

—Seré franca...

—¿A Mont-Dore?

—Desde luego... á las cercanías, como todos los años.

—¿A la Bourboule... á Royat?

—No, no soy bastante rica para eso. Voy á Murols... Tengo allí una prima, posadera...

—¿Pero sola?...

—Siempre se encuentran compañeras. De Mont-Dore y Saint-Nectario á la Bourboule es un vaivén continuo, esta distracción me basta.

—Tenéis razón.

—¿De modo que este año haréis lo mismo que los otros?

—Sí.

—¿Iréis á Murols?

—Sí, sólo que...

—¿Qué?

—Otros años iba allí por amistad, y este...

—¿Este qué?

—Iré por curiosidad.

—¿Cómo?

—Puedo muy bien ir á Mont-Dore en secreto. Tengo allí amigos, los Rougat, los Minard y otros. Y allí veré á esa Matilde Borel.

—¿La odiáis, Elena?

—Os juro que no—contestó con gravedad.—¡Dios me libre de odiar á esa desgraciada! La compadezco; por el contrario.

—Sea enhorabuena. ¿Estáis decidida?

—Decidida.

—¿No me queréis por compañero?

—No. Aparte de todo, vuestros hábitos de sibarita no se avendrían con la modestia de mi hospedaje...

—¿Que será lo que no embellezcáis con vuestra presencia?

—Las circunstancias son muy graves.

—¿Para quién?

—Para mí y para los demás.

—Pero al menos no me impediréis ir á visitar las ruinas de Murols.

—Estáis en vuestro derecho.

—Iré á saludaros.

Ella suspiró.

—Yo no pido más que ser una amiga para vos, bien lo sabéis, pero una amiga y nada más.

—¿Cuándo partiréis?

—No sé á punto fijo, pero vos sabéis donde estaré.

—¿Me avisaréis?

—Mi vida es bien conocida, y no tengo razones para ocultárosla más que á los demás.

El coche se detuvo en la esquina de la calle de Vignon.

Elena, después de dejarse estrechar la mano por D'Aubagny, entró en su casa sin volver la cabeza.

XVIII

Las buenas resoluciones de un hombre poseído por la pasión como lo estaba Fabregues, no bastan á refrenar los deseos locos que le hacen tomar aversión á todo lo que se interpone entre él y el objeto de sus deseos.

Desde su conocimiento con Elena, en esa intimidad á la cual ella se había prestado fácilmente, el doctor Fabregues había sido poco á poco dominado por una de esas pasiones que ciegan é impulsan á toda clase de sacrificios por quien las inspira, pero su pasión se había sobreexcitado en los últimos meses á consecuencia de los celos.

A las tres semanas de estar en Mont-Dore, experimentaba todo el frenesí de la impaciencia, inquietudes mortales, pensando que Elena estaba libre en París, lejos de él, entregada á las persecuciones de su rival, cuyo nombre ignoraba, pero cuya posición conocía desde la sorpresa de la calle Royale.

Estaba como sobre áscuas y tascaba el freno en silencio, no sin que advirtiesen su estado de ánimo sus criados y conocidos. El groom Sulpicio se complacía en hacer notar á sus camaradas el carácter irascible del dueño.

Entonces el personal doméstico se había aumentado con una cocinera llamada Catalina.

Los antiguos clientes del doctor solían presentarse á veces, y el doctor les enviaba á sus compañeros, con preferencia á los jóvenes, á Bandruc. Sabat y Chocagne, que no se lo agradecían.

A pesar de sus esfuerzos por hacer creer que había contraído un matrimonio puramente de amor, á los quince días de su llegada todo el mundo decía que se había casado con los cien mil francos de renta de Matilde.

El maligno groom se había encargado de propalar el rumor en secreto.

Sabat decía á sus compañeros:

—Fabregues nos humilla arrojándonos las migajas de su mesa.

Chocagne decía:

—Nos insulta con sus limosnas.

Solo Bandruc detendía al doctor.

—No os quejeis—decía—hace lo que puede. No va á partir con nosotros la dote de su mujer.

—Yo no la querria—replicaba Chocagne.—Aquí para entre nosotros, ese dinero es robado á la familia.

—¡Bah!

—¿No veis el estado de la pobre mujer?

En todas partes se hablaba del matrimonio de Fabregues: los médicos no le perdían de vista, comentando el extraño régimen que el doctor imponía á su mujer.

Consistía en una complicación de duchas, de vasos de agua, de aspiraciones de vapor y de inhalaciones capaces de destruir la salud más pujante.

Por la tarde paseos inacabables á caballo ó en coche, haciéndo ascensiones hasta el pico de Sancy, el gigante de los montes Dore.

—Sí—decía Chocagne á Bandruc—se ha visto allí á esa criatura tan débil y tan delicada. Y Sabat añadía:

—Querrá acabar con ella, palabra de honor. Bandruc se encogía de hombros.

La historia del gascón preocupaba á todo el mundo.

Los literatos que se reunían en la librería Avenet, verdadera sucursal de la célebre librería del boulevard de los Italianos en la época de Achille, no dejaban pasar un día sin pedir noticias de la joven.

Entre los enemigos del doctor Fabregues, sólo había uno que fuese más prudente y á la vez más observador, el doctor Brousse, que siempre había mirado con antipatía á aquel intruso en sus dominios, y no por envidia, sino por cuestión de simpatías.

Había entre ellos verdadera incompatibilidad de caracteres.

Decía al doctor Jordal, su compañero y rival en Mont-Dore:

—Ese deshonrará al cuerpo médico.

Y Jordal, que era un buen muchacho, tomaba la defensa del invasor.

El doctor Brousse conocía una parte de la historia de Fabregues, sus excursiones secretas á Murols y sus entrevistas con la joven que todos los años pasaba algunos días con los Sauvats, y á la que se decía que amaba con locura. ¡Y de improviso se presentaba casado con una mujer que no viviría seis meses.

El viejo Brousse estaba alerta.

Había llegado á sus oídos que el elegante doctor no disimulaba sus ambiciosos deseos, y guardaba en la memoria cuantos pormenores se referían á Fabregues, dedicándose

á espiarle, sabiendo cada día cosas nuevas. No había fiesta, ni baile, ni función religiosa adonde éste no llevase á su mujer.

El doctor Brousse reflexionaba sobre este régimen con una enferma de tanta gravedad.

Un día se encontró á Fabregues y á su mujer en la calle.

La joven caminaba con ligereza, apoyada en el brazo de su marido.

El doctor Brousse clavó sucesivamente su escrutadora mirada con cierta piedad en los azules ojos de la enferma y con verdadera ferocidad en los de su colega.

Fabregues sostuvo aquella mirada sin turbarse.

Lejos de eso, contestó con un deferente saludo á aquella furibunda mirada y preguntó al viejo pontífice de Mont-Dore con tono amable:

—¿Estáis bien, querido doctor?

Este siguió su camino murmurando algunas palabras que podían muy bien ser tomadas por un cumplimento.

Cuando se alejó dijo Matilde á su marido:

—¿Por qué me miraría así?

—¿El doctor Brousse?

—¿Es ese, verdad?

—Sí. Es un original.

—Dicen que es el mejor médico de Mont-Dore.

—Bien. ¿Y Jordal? ¿Y yo?—dijo Fabregues sonriendo.—¿Y los otros?

—Es igual; pero me ha asustado.

Fabregues le tranquilizó y le dijo:

—Iré á ver á Jordal.

La hostilidad del doctor Brousse le inquietaba.

Aquel día Fabregues estuvo menos locuaz con su esposa.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba que hacía ocho días Elena no había contestado á sus cartas, y se preguntaba angustiada la causa de aquel silencio.

Hubiéra querido poder escapar á París, aunque fuese solo por veinticuatro horas.

Pero la siniestra tarea que se había propuesto le retenía en Mont-Dore.

Un accidente imprevisto debía precipitar el desenlace.

XIX

La mirada desconfiada del viejo Brousse había puesto en guardia á Fabregues.

Comprendió que necesitaba un amparo contra él.

La eficacia de las aguas de Mont-Dore es indiscutible; pero siendo peligrosas por su misma energía, exigen una mano experta que sepa administrarlas en la medida de las fuerzas del enfermo.

Además, un médico, por célebre que sea, no acepta nunca para sí solo la responsabilidad del tratamiento de los seres que le son queridos.